

SÓFOCLES

Edipo en Colono

La escena en Colono, aldea cercana a Atenas.

EDIPO. -Hija de este anciano ciego, Antígona, ¿a qué región hemos llegado? ¿Qué gente habita la ciudad? ¿Quién hospedará en el día de hoy al errante Edipo, que no lleva más que pobreza? Poco, en verdad, es lo que pido y menos aún lo que traigo conmigo, y sin embargo, esto me basta. Los sufrimientos, la vejez y también mi índole propia me han enseñado a condescender con todo. Pero, hija mía, si ves algún asiento, ya sea en sitio público, ya en el bosque sagrado, párate y siéntame hasta que sepamos el lugar en que nos hallamos; pues siendo extranjeros debemos preguntar a los ciudadanos y hacer lo que nos indiquen.

ANTIGONA. -Padre mío, infortunado Edipo, las torres que defienden la ciudad se ven ahí delante, algo lejos de nosotros. Este sitio es sagrado al parecer, pues está cubierto de laureles, olivos y viñas, y muchos son los ruseñores que dentro de él cantan melodiosamente. Reclina aquí tus miembros sobre esta rústica roca, pues has caminado más de lo que conviene a un anciano.

EDIPO. -Siéntame, pues, ten cuidado del ciego.

ANTIGONA. -Tanto tiempo lo vengo teniendo, que no necesito que me lo recuerdes.

EDIPO. -¿Puedes decirme en qué sitio estamos?

ANTIGONA. -Sé que estamos en Atenas, pero desconozco el sitio.

EDIPO. -Eso nos han dicho todos los que hemos encontrado en el camino.

ANTIGONA. -¿Quieres que vaya a preguntar qué sitio es éste?

EDIPO. -Sí, hija mía, y mira si es habitable.

ANTIGONA. -Habitable lo es; y creo no tengo necesidad de alejarme, porque veo un hombre cerca de nosotros.

EDIPO. -¿Es que viene en dirección hacia aquí?

(Aparece un habitante de Colono, dando rápidos pasos.)

ANTIGONA. -Como que ya lo tenemos delante. Pregúntale, pues, lo que deseas saber, que aquí lo tienes.

EDIPO. -Extranjero, enterado por ésta, cuyos ojos ven por ella y por mí, de que llegas, muy a propósito para informarnos de lo que necesitamos saber, y decirnos...

EXTRANJERO. -Antes de pasar adelante en tu pregunta, quítate de ese asiento. Estás en sitio que no es permitido hollar.

EDIPO. -¿Qué sitio es éste? ¿A qué deidad está consagrado?

EXTRANJERO. -Sitio santo que no se puede habitar. Es posesión de las terribles diosas, hijas de la Tierra y de la Tiniebla.

EDIPO. -¿Cuál es su venerable nombre? Dímelo, para que pueda dirigirles mi plegaria.

EXTRANJERO. -Euménides, las que todo lo ven, es el nombre que les da la gente de este país. Tienen también otros hermosos por todos conceptos.

EDIPO. -Que reciban, pues, propicias a este suplicante, para que no tenga ya que salir del asilo que me ofrece esta tierra.

EXTRANJERO. -¿Qué significa eso?

EDIPO. -El sino de mi destino.

EXTRANJERO. -Pues no me atrevo a sacarte de aquí sin consultar antes con los ciudadanos, para que me digan qué debo hacer.

EDIPO. -¡Por los dioses, extranjero!, no desdeñes a este vagabundo, y contéstame a lo que te suplico que me digas.

EXTRANJERO. -Habla, que no te haré tal injuria.

EDIPO. -¿Qué país es este en que nos encontramos?

EXTRANJERO. -Todo cuanto yo sepa vas a oírlo de mí. Este campo es sagrado; lo habita el venerable Poseidón y también el dios portador del fuego, el titán Prometeo. El suelo que pisas se llama la vía de bronce de esta tierra, fundamento de Atenas. Los campos próximos se envanecen de estar bajo la protección de Colono (señalando la estatua ecuestre del héroe); y todos llevan en común el nombre de este célebre caballero, con el que son designados. Esto es lo que puedo decirte, extranjero, acerca de estos sitios, no celebrados por la fama, pero mucho por el culto que les dan mis conciudadanos.

EDIPO. -¿y hay quién habite en estos lugares?

EXTRANJERO. -Sí; y llevan todos el nombre del dios.

EDIPO. -¿Los gobierna un rey o el acuerdo del pueblo?

EXTRANJERO. -Por el soberano, que reside en la ciudad, son gobernados.

EDIPO. -¿Quién es? ¿Ejerce su imperio con prudencia y fuerza?

EXTRANJERO. -Teseo se llama; es hijo y sucesor de Egeo.

EDIPO. -¿Podría alguno de vosotros llevarle un mensaje de mi parte?

EXTRANJERO. -¿Con qué objeto? ¿Para darle alguna noticia o para decirle que venga?

EDIPO. -Para que me haga un pequeño favor y obtenga, en cambio, gran ventaja.

EXTRANJERO. -¿y qué ventaja se puede sacar de un hombre que no ve la luz?

EDIPO. -Cuanto deba decirle, se lo diré todo con la mayor claridad.

EXTRANJERO. -¿Estás cierto, ¡oh extranjero!, de que ahora no te equivocas? y puesto que eres noble, según parece, aunque desgraciado, espera aquí en donde estás hasta que entere de todo a los habitantes de estos lugares, sin necesidad de ir a la ciudad. Ellos decidirán si debes permanecer aquí o continuar tu camino.

(Sale el colonense.)

EDIPO. -Hija mía, ¿se ha ido ya el extranjero?

ANTÍGONA. -Sí, padre; y tanto, que puedes decir tranquilamente cuanto quieras, que sola estoy a tu lado.

EDIPO. -¡Oh venerandas deidades que intimidáis con vuestra mirada! Ya que Vosotras sois las primeras en cuyo sagrado bosque he descansado yo al entrar en esta tierra, sed indulgentes conmigo y con Febo, quien cuando me anunció todas mis desgracias, me indicó también que el término de ellas lo hallaría después de largo tiempo, cuando al llegar a lejana región encontrase asilo en mansión de venerandas deidades, donde terminaría mi trabajosa vida en provecho de los habitantes que, desterrándome, me expulsaron; y además, que como señales que me indicaran el cumplimiento del oráculo, acontecería un terremoto, un trueno o un relámpago.

Comprendo ahora que no es posible que yo hubiera emprendido este camino sin que una secreta inspiración de vuestra parte me guiara por él hasta el bosque; porque de no ser así, no habría podido suceder que yo, que no bebo vino, me encontrase en mi camino, antes que con otras deidades, con vosotras, que no queréis vino en los sacrificios; ni que me sentara en ese rústico y venerable apoyo. Concededme, pues, ¡oh diosas!, en conformidad con los oráculos de Apolo, el término de mi vida y liberación de mis males, si os parece que ya he sufrido

bastante, viviendo siempre sujeto a las mayores desgracias que han afligido a los mortales. Venid, ¡oh dulces hijas de antiguo Escoto! ven también tú, que llevas el nombre de la poderosa Palas. ¡Oh Atenas!, la más veneranda de todas las ciudades; apiadaos del miserable Edipo, que ya no es más que un espectro, pues nada le queda de su anterior hermosura.

ANTÍGONA. -Calla, que vienen unos ancianos a ver dónde estás sentado.

EDIPO. -Callaré; pero sacadme del camino y ocúltame en el bosque hasta que me entere de lo que hablan; porque en escuchar consiste la precaución de lo que se haya de hacer.

(Ambos se ocultan. Entran los ancianos de Colono que forman el Coro. Dialogan en grupos.)

CORO. -Mirad ¿Quién era? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido, alejándose de aquí el más temerario de los mortales: 'Mirad bien, examinad, buscadle por todas partes. Un vagabundo, vagabundo era el viejo, no nacido en esta región; pues jamás habría entrado en este sagrado bosque de las inexorables vírgenes, cuyo nombre no pronunciamos por temor; y ante las cuales pasamos sin levantar nuestros ojos y sin proferir palabra, enviándoles mentalmente las plegarias de nuestro corazón; mas ahora corre el rumor de que sin ningún respeto ha entrado aquí un impío a quien yo no puedo ver por este bosque ni saber dónde se oculta.

(Edipo y Antígona salen del bosque.)

EDIPO. -Ése a quien buscáis soy yo. En vuestra voz I conozco lo que predijo el oráculo.

CORO. -¡Ay, ay! ¡Qué horror da el verle! ¡Qué espanto el oírle!

EDIPO. -No me toméis por un malvado, os lo suplico.

CORO. -Zeus salvador, ¿quién es este viejo?

EDIPO. -Quien no merece llamarse feliz por su anterior suerte, ¡oh guardianes de esta región!, ya lo estáis viendo. De otra manera no necesitaría de ajenos ojos que me guiaran; ni, si yo fuera poderoso, tendrían necesidad de sostenerme en tan débil apoyo.

CORO. ¡Aaah! ¡No tiene ojos! ¿Acaso infeliz, eres ciego de nacimiento? Viejo está ya, según veo; pero mientras de mi dependa, no te dejaré añadir un sacrilegio a tanta calamidad. Márchate, márchate. Pero para no caer en esa silenciosa y verde cañada, por donde corre una fuente de abundante agua que mezclamos en los vasos con la miel de las libaciones, ten mucho cuidado, desdichado extranjero, apártate, retírate. Mucha distancia nos separe. ¿Lo oyes, miserable vagabundo?

Si tienes que decir algo sal de ese sitio prohibido, y cuando estés en lugar público, habla; pero antes guarda silencio.

EDIPO. -Hija mía. ¿Qué pensaremos de esto?

ANTÍGONA. -Padre, preciso es que obedezcamos a los ciudadanos y hagamos de buen grado lo que nos mandan.

EDIPO. -Cógeme, pues.

ANTÍGONA. -Ya te tengo.

EDIPO. -Extranjeros, no me maltratéis, ya que os obedezco y salgo de este refugio.

CORO. -No temas, anciano; que nadie te sacará de aquí donde estamos contra tu voluntad. (Edipo, conducido por Antígona, avanza.)

EDIPO. -¿Voy más adelante?

CORO. -Avanza un poquito más.

EDIPO. -(Dando otro paso.) ¿Es bastante?

CORO. -Llévalo, muchacha, más adelante, que tú ves bien.

ANTÍGONA. -Sigue, padre, sigue, con tu cuerpo ciego, por donde te guió.

EDIPO. -...

CORO. -Aprende, desdichado extranjero, estando en tierra extraña, a abstenerte de lo que los ciudadanos tengan por malo y a venerar lo que ellos estiman venerable.

EDIPO. -Guíame, niña, adonde, guardando la debida reverencia, podamos hablar y oír. No luchemos contra la necesidad.

CORIFEO. -Párate. No pongas el pie fuera del límite que te señala esa piedra.

EDIPO. -¿Así?

CORO. -Está bien, como te lo he dicho.

EDIPO. -¿Puedo sentarme?

CORO. -Con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante, siéntate sobre esa piedra.

ANTÍGONA. -Padre, eso me toca a mí; despacito y paso a paso apoya...

EDIPO. -¡Ay, ay de mí!

ANTÍGONA. -...tu abatido cuerpo descansando en las manos de tu querida hija.

EDIPO. -¡Ay de mi triste destino!

CORO. -¡Oh malhadado! Ya que te has humillado a nuestro mandato, habla. ¿Quién eres? ¿Qué terrible desgracia te aflige? ¿Puedo saber cuál es tu patria?

EDIPO. -¡Oh extranjeros! No tengo patria, pero no...

CORO. -¿Por qué no quieres decírnosla, viejo?

EDIPO. -No, no, no me preguntéis quien soy, ni deseéis inquirir más preguntando.

CORO. -¿Qué es esto?

EDIPO. -Un afrentoso nacimiento.

CORO. -Habla.

EOIPO. -(A Antígona.) ¡Hija! ¡Ay de mí! ¿Qué diré?

CORO. -¿De qué sangre eres, extranjero? Di, ¿de qué padre?

EOIPO. -¡Ay de mí! ¿Qué hago, hija mía?

ANTÍGONA. -Habla, ya que te hallas en extremado apuro.

EOIPO. -Lo diré, pues, ya que no puedo evitarlo.

CORO. -Mucho tardas; dilo pronto.

EOIPO. -¿Tenéis noticia de un hijo de Layo...

CORO. -¡Ooooooh!

EOIPO. ...de la raza de los Labdácidas...

CORO. -¡Oh Zeus!

EOIPO. -...del desdichado Edipo?

CORO. -¿Acaso eres tú?

EOIPO. -No os asuste lo que os digo.

CORO. -¡Oooh, oooh, malhadado, oooooh!!

EDIPO. -Hija mía, ¿qué sucederá aquí?

CORO. -¡Fuera! ¡Lejos! ¡Márchate de este país!

EOIPO. -Y las promesa que me hicisteis, ¿qué haréis de ella?

CORO. -A nadie te envía el hado el fatal castigo por de- volver la injuria que antes ha recibido. El engaño correspondido con otro engaño, proporciona desprecio en vez de reconocimiento. Levántate, quítate de ese asiento, aléjate pronto de esta tierra, no sea que con tu presencia atraiga sobre mi patria alguna nueva desgracia.

(Antígona se interpone entre Edipo y el Coro.)

ANTÍGONA. -¡Respetables extranjeros! Ya que no podéis tolerar a mi anciano padre por haber oído la relación de los actos que in voluntariamente cometió, compadeceos al menos de esta desdichada. ¡Os lo suplico, extranjeros! Os lo pido a favor de mi infortunado padre. Os ruego con los ojos fijos en vuestro semblante, Como os lo pudiera suplicar una hija de vuestra sangre, que respetéis a este miserable. En vuestras manos, Como en las de un dios, esta nuestra suerte. Ea, pues, concedednos esta inesperada gracia. Os suplico por lo que mas querido os sea: por vuestros hijos, por vuestra esposa, por vuestros más sagrados deberes y por vuestros dioses. Considerad y veréis que

ningún mortal, sea quien fuere, puede nunca resistir cuando es un dios quien lo empuja.

CORIFEO. -Sabe, hija de Edipo, que nos compadecemos de ti lo mismo que de éste, por causa de su infortunio. Pero, por temor a la divina Justicia, no podemos añadir nada a lo que tenemos ya dicho.

EDIPO. -¿Qué provecho puede uno prometerse de lo que diga la opinión, ni de la gloriosa fama que falsamente corre, cuando dicen que Atenas es ciudad muy religiosa y la única que puede salvar al extranjero desgraciado, y socorrerle en su infortunio? ¿Dónde puedo yo ver esas virtudes, si me hacéis levantar de este asiento y me expulsáis sólo por temor a mi nombre? Pues lo cierto es que ni mi cuerpo os inspira terror, ni tampoco mis actos. Porque de mis actos, más he sido el paciente que el agente; cosa que comprenderíais si pudiese hablaros de los de mi padre y mi madre, por los que tanto horror sentís hacia mí. Esto lo sé muy bien ¿Cómo es posible que yo sea de índole depravada, si no he hecho más que repeler el daño que sufría, de manera que aunque hubiese obrado con pleno conocimiento no podría ser criminal? Sin conciencia, pues, de mis actos, llegué adonde he llegado; mientras que los que me hicieron sufrir, me perdieron con pleno conocimiento.

Por todo esto pues, os suplico en nombre de los dioses, ¡oh extranjeros!, que me salvéis como me lo habéis prometido; y que no despreciéis a los dioses queriendo honrarlos. Pensad que ellos tienen siempre fija la vista lo mismo en los hombres piadosos que en los impíos, que ninguno de estos puede eludir su justicia. Reflexionando sobre esto, no oscorezcáis la fama de la gloriosa Atenas, creyendo que la honráis con obras impías; sino que, como acogisteis al suplicante que en vosotros confió defendedlo y protegedlo. No me desdeñéis al ver el aspecto horrible que os presenta mi cara; pues llego aquí consagrado a los dioses y lleno de piedad, trayendo además provecho a los habitantes de este país. Cuando venga vuestro soberano, sea quien quiera el que os gobierna, se lo diré y lo sabréis. Mientras tanto, no me maltratéis.

CORIFEO. -Necesario es, ¡oh anciano!, que respete tus deseos que me acabas de exponer con tan graves razones. Bástame, pues, enterar de todo ello al soberano de la región.

EDIPO. -¿Y dónde está el que gobierna este país, extranjeros?

CORIFEO. -Habita en la capital, donde residieron sus padres. El mensajero que me hizo venir aquí ha ido a llamarlo.

EDIPO. -¿Creéis que hará algún caso de este ciego, o que se interesará hasta el punto de venir aquí? CORIFEO. -Seguramente, apenas oiga tu nombre.

EDIPO. -¿Y quién podrá ir a decírselo?

CORIFEO. -Largo es el camino; las conversaciones de los caminantes se extienden rápidamente por todas partes y así que lleguen a sus oídos, vendrá enseguida, créelo; porque tu nombre, ¡oh anciano!, ha penetrado ya por todas partes; y aunque ahora tarde en oírlo, más de lo que conviene, en seguida que lo oiga vendrá corriendo.

EDIPO. -Venga, pues, para la dicha de su ciudad y para la mía.

¿Quién hay que no desee su propio bien?

ANTIGONA. -¡Ay, Zeus! ¿Qué diré? ¿Qué llevo a pensar, padre?

EOIPO. -¿Qué es eso, hija mía, Antígona?

ANTIGONA. -Veo a una mujer que viene hacia nosotros montando en un caballo del Etna; cubre su cabeza un sombrero tesalo que la defiende del sol. ¿Qué digo? ¿Es ella? ¿No es? ¿Estoy delirando? Sí es, no es; no sé qué decir. ¡Pobre de mí! Ella es; con semblante alegre, me hace caricias así que se va acercando, lo que me indica que es mi hermana Ismena.

EDIPO. -¿Qué dices, hija?

ANTÍGONA. -Que veo a tu hija y hermana mía, a quien ya puedes conocer por la voz.

(Entra Ismena con su esclavo.)

ISMENA. -¡Ay, padre y hermana, dos nombres los más dulcísimos para mí! ¡Qué penas he pasado para encontraros, y con qué pena os estoy viendo!

EDIPO. -¡Ay, hija! ¿Has venido?

ISMENA. -¡Oh padre! ¡Qué pena me da el verte!

EDIPO. -¡Hija! ¿Estás aquí?

ISMENA. -No sin grandes fatigas.

EDIPO. -Tócame, hija mía.

ISMENA. -Os toco a los dos a la vez.

EDIPO. -¡Ay, hija y hermana impía!

ISMENA. -¡Ay, dos vidas desdichadas!

EDIPO. -¿Te refieres a la de ésta y a la mía?

ISMENA. -Y también a la mía; a las tres.

EDIPO. -¡Hija! ¿Por qué has venido?

ISMENA. -Por el cuidado que me inspiras, padre.

EDIPO. -¿Acaso por añoranza?

ISMENA. -Y para darte yo misma nuevas noticias, he venido con el único criado que me es fiel.

EDIPO. -Y tus dos jóvenes hermanos, ¿en qué se ocupan?

ISMENA. -Déjalos donde quiera que estén; que terribles odios hay entre ellos.

EDIPO. -¡Ay de ellos, que en su vida y carácter se parecen en toda manera de ser de los egipcios! Allí los hombres permanecen en casa fabricando tela, y sus consortes trabajan fuera, proveyendo siempre a las necesidades de la vida. Así mismo, hijas mías, vuestros hermanos, que debían tomar a su cargo los cuidados que los dos tenéis, se quedan en casa como doncellas; y vosotras sufrís, en lugar de ellos, las miserias de ese desdichado padre. Ésta, pues, desde que salió de la infancia y su cuerpo se vigorizó, siempre conmigo y vagando sin ventura, me sirve de guía, errando por agrestes selvas, descalza y hambrienta, expuesta a las lluvias ya los ardores del sol, prefiriendo a la delicada vida de palacio el penoso placer de proporcionar algún alimento a su padre. Y tú, hija mía, sin que lo supieran los cadmeos, viniste antes a anunciar a tu padre las profecías del oráculo acerca de mi cuerpo y fuiste mi fiel compañera cuando me expulsaron de la patria. Y ahora, Ismena, ¿qué noticia vienes a traer a tu padre? ¿Cuál es el motivo que te ha hecho salir de casa? Porque no vienes sin algún objeto, bien lo sé yo; y temo que me anuncies alguna nueva desgracia.

ISMENA. -Las penas que he sufrido, ¡oh padre!, buscando el sitio en que podría encontrarle, las pasaré en silencio; pues no quiero renovar mis sufrimientos con la relación de las mismas. La discordia que actualmente existe entre tus dos malaventurados hijos es lo que vengo a anunciarte. En un principio tenían ambos el mismo deseo de dejar el trono a Creonte y no ensangrentar la ciudad, considerando, con razón, que la ruina que de antiguo aniquilaba a la familia, amenazaba a tu desdichada casa. Mas ahora no sé qué deidad se unió a la perversa intención de los mismos para infundir en los muy malaventurados la funesta rencilla de apoderarse del mando y del supremo poder. Y tanto, que el joven, y por lo mismo menor en edad, privó del trono al mayor, a Polinices, y lo expulsó de la patria. Éste, según la noticia más autorizada que entre nosotros corre, se fue a Argos, el de suelo quebrado, donde, con su reciente casamiento, se ha procurado fieles aliados; de modo que pronto los argivos someterán a su imperio la tierra cadmea, o serán causa de que la gloria de ésta se eleve hasta las nubes. Estos no son solamente vanos rumores, padre, sino hechos

que aterrorizan. Ni puedo prever dónde pondrán los dioses el término de tus desgracias.

EDIPO. -¿Es que tenías esperanza de que los dioses tuvieran algún cuidado de mí, de modo que algún día me pudiera salvar?

ISMENA. -Sí, padre, según recientes oráculos.

EDIPO. -¿Cuáles son? ¿Qué han profetizado, hija?

ISMENA. -Que los tebanos te han de buscar algún día, vivo o muerto, por causa de su salvación.

EDIPO. -¿Quién puede esperar beneficio de un hombre como yo?

ISMENA. -En ti dicen que estriba la fuerza de ellos.

EDIPO. -¿Cuando nada soy es cuando soy hombre?

ISMENA. -Ahora te ensalzan los dioses; antes te abatieron.

EDIPO. -Inútil es elevar al anciano que de joven ha sido derribado.

ISMENA. -Sabe, pues, que por esto pronto vendrá a buscarte Creonte, y no pasará mucho tiempo.

EDIPO. -¿Qué se propone hija? Explícamelo.

ISMENA. -Depositarte cerca de la tierra de Cadmo, para tenerte en su poder sin que llegues a pisar los límites del país.

EDIPO. -¿y qué provecho han de sacar de mi permanencia cerca del país?

ISMENA. -Tu tumba, si no obtiene los debidos honores, será gravosa. Para ellos.

EDIPO. -Pues sin necesidad del oráculo cualquiera sabe esto, sólo con la razón natural.

ISMENA. -Pues por eso quieren tenerte cerca de la patria para que no dispongas libremente de ti mismo.

EDIPO. -¿Y me enterrarán en suelo tebano?

ISMENA. -No lo permite la sangre de tu misma familia, que has derramado, padre.

EDIPO. -Pues de mí no mandarán jamás.

ISMENA. -Será, pues, esto algún día gran desgracia para los tebanos.

EDIPO. -¿Por qué contingencia, hija mía?

ISMENA. -Por tu propia cólera, cuantas veces se pongan sobre tu sepultura.

EDIPO. -Todo esto que me cuentas, ¿de quién lo sabes, hija?

ISMENA. -De los hombres que fueron enviados a consultar al oráculo délfico.

EDIPO. -¿Y eso es lo que Febo ha dicho de mí?

ISMENA. -Así lo afirman los que han llegado a Tebas.

EDIPO. -Y algunos de mis hijos, ¿se ha enterado de esto?

ISMENA. -Los dos a la vez, y lo saben muy bien.

EDIPO. -Y los malvados, enterados de esto, ¿prefieren el trono a mi cariño?

ISMENA. -Me aflijo al oír eso, padre, y sin embargo, te lo anuncio.

EDIPO. -¡Pues ojalá que los dioses nunca extingan la fatal discordia que hay entre los dos, y que de mí dependa el fin de la guerra para la que se preparan y levantan lanzas! Porque ni el que ahora tiene el cetro y ocupa el trono podría mantenerse en él, ni el que ha salido de Tebas volvería a entrar en ella. Esos que a mí, al padre que los ha engendrado, viendo tan ignominiosamente echado de la patria, ni me recogieron ni me defendieron, sino que ellos mismos me expulsaron y decretaron mi destierro.

Dirás que yo quería entonces todo esto y que la ciudad no hizo más que otorgarme lo que pedía. Pero no es así; porque aquel mismo día, cuando hervía mi furor y me hubiera sido muy grata la muerte y que me hubiesen destrozado a pedradas, no hubo nadie que me ayudara al cumplimiento de mi deseo; pero tiempo después, cuando ya todo el dolor se me había mitigado y comprendí que mi ira se había excedido, castigándome más de lo que yo merecía por mis pasados pecados, entonces, después de tantos años me expulsó la ciudad violentamente de sus términos; y ellos, los hijos de este padre, mis propios hijos, pudiendo socorrerme, nada quisieron hacer; sino que por no decir ni siquiera una palabra en mi favor, desterrado de mi patria, me obligaron a vagar mendigando mi sustento. En cambio, de estas dos doncellas, a pesar de la debilidad de su sexo, recibo el sustento de mi vida, la seguridad de mi albergue y los cuidados de familia. Ellos, menospreciando al padre que los engendró, han preferido sentarse en el trono, empuñar el cetro y gobernar el país; pero no crean que me han de tener en su ayuda, ni tampoco que les ha de ser provechoso el gobierno de la tierra de Cadmo. Sé muy bien todo esto, no sólo por los oráculos que acabo de oír, sino también por los que recuerdo que Febo profetizó y cumplió referentes a mí. Envíen, pues, si quieren en mi busca a Creonte o a otro cualquier poderoso ciudadano; que si vosotros, ¡oh extranjeros!, queréis prestarme vuestro auxilio a la vez que estas venerables diosas protectoras de vuestro pueblo, tendréis en mí un gran salvador de vuestra ciudad y un azote para vuestros enemigos.

CORIFEO. -Digno eres, Edipo, de mi conmiseración, lo mismo que estas dos niñas; y ya que tú mismo te manifiestas en lo que acabas de

decir como salvador de esta tierra, quiero aconsejarte lo más conveniente.

EDIPO. -¡Oh amabilísimo! Aconséjame, que he de hacer cuanto me digas.

CORIFEO. -Ofrece ahora un sacrificio expiatorio a estas diosas, que son las primeras con que aquí te encontraste y cuyo suelo hollaste.

EDIPO. -¿De qué manera lo he de ofrecer? Enseñádmelo, extranjeros.

CORIFEO. -Primeramente trae, cogiéndola con manos puras, de esa fuente perenne, agua para las sagradas libaciones.

EDIPO. -¿Y cuando haya sacado la pura linfa?

CORIFEO. -Vasijas hay, obra de hábil artista, de las cuales has de coronar los bordes y las asas de dos bocas.

EDIPO. -¿Con hojas o con lana, o de qué modo?

CORIFEO. -Con lana recién tonsurada de oveja joven.

EDIPO. -Está bien; y después de esto, ¿qué debo hacer?

CORIFEO. -Verter las libaciones de pie, vuelto hacia la aurora.

EDIPO. -¿Con esas vasijas que me has indicado los he de verter?

CORIFEO. -Sí; tres libaciones por vaso, y la última toda de un golpe.

EDIPO. -¿De qué las llenaré? Dímelo.

CORO. -De agua y de miel; no mezcles vino.

EDIPO. -¿Y cuando la tierra de umbroso follaje reciba las libaciones? ...

CORO. -Sobre ella, con ambas manos, depositará tres veces nueve ramos de olivo y pronunciarás esta súplica. ..

EDIPO. -Deseo saberla, pues es lo más importante.

CORIFEO. -«Como os llamamos Euménides, con benévolo corazón aceptad a este suplicante que se acoge a vuestra protección.» Haz tú mismo la plegaria u otro por ti; pero sin que se oigan las palabras ni llegue a articularse la voz. En seguida retírate, sin volver la cara. Una vez hayas hecho esto, no tendré temor ninguno de asistirte; que de otro modo, extranjero, temblaría por ti.

EDIPO. -Hijas mías, ¿habéis oído a los extranjeros vecinos de esta región?

ANTÍGONA. -Los hemos oído, y dispón lo que haya que hacer.

EDIPO. -A mí no me es posible ir, faltar como estoy de fuerzas y de vista. Vaya una de vosotras y hágalo; pues creo que basta y vale tanto como diez mil una alma piadosa que con fervor haga la expiación.

Hacedlo, pues, pronto; pero no me dejéis solo, porque abandonado y sin guía no puedo mover mi cuerpo.

ISMENA. -Yo iré a hacerlo; pero quiero saber el sitio en que encontraré todo lo necesario.

CORIFEO. -Del lado de allá del bosque, extranjera; si falta alguna cosa, allí habita un hombre que te lo dirá.

ISMENA. -A ello voy. Antígona, tú aquí cuida del padre; que los hijos no deben guardar memoria de las fatigas que pasen por el autor de sus días.

(Ismena se marcha.)

CORO. -Terrible es, ¡oh extranjero!, hacer revivir el dolor que de antiguo duerme; pero ya es tiempo de que me entere...

EDIPO. -¿De qué?

CORO. -...de la desgracia afrentosa e irremediable en que caíste.

EDIPO. -No, querido amigo, te lo suplico por la hospitalidad que me has dado; no me hagas revelar hechos ignominiosos.

CORO. -Del rumor de tus infortunios que tan extendido está y no cesa de propalarse, deseo, ¡oh extranjero!, oír una exacta información,

EDIPO. -¡Ay de mí!

CORO. -Resígnate, te lo suplico,

EDIPO. -¡Ay, ay!

CORO. -Obedéceme; que yo te concederé todo lo que desees.

EDIPO. -Aguanté horribles atrocidades, ¡oh extranjeros! las aguanté. Dios lo sabe; pero todas involuntariamente,

CORO. -¿Y cómo?

EDIPO. -En criminal lecho, sin saber ya nada, me ató la ciudad con fatal himeneo.

CORO. -¿Es verdad que de tu madre, según con horror he oído, gozaste el placer del amor?

EDIPO. -¡Ayyy!, me mata el oír tal cosa, extranjeros; estás, en efecto, mis dos...

CORO. - ¿Que dices?

EDIPO. -...hijas, dos afrentas...

CORO. -¡Oh Zeus!

EDIPO. -...han nacido del seno de mi misma madre.

CORO. -¿Son realmente hijas tuyas?

EDIPO. -Y hermanas a la vez de su padre,

CORO. -¡Ooh!

EDIPO, -¡Ooh, ciertamente!, y mil veces ¡oh torbellino de horrores!

CORO. -Has sufrido.

EDIPO. -He sufrido dolores que nunca pueden olvidarse.

CORO. -Pero cometiste...

EDIPO. -Nada cometí.

CORO. -¿Cómo no?

EDIPO. -Acepté de la ciudad una recompensa que nunca, pobre de mí, debía haber aceptado.

CORO. -¿Cómo no, infeliz? ¿Cometiste el asesinato...

EDIPO. -¿Qué es eso? ¿Qué quieres saber?

CORO. -...de tu padre?

EDIPO. -¡Ay, ay! Segunda herida me infieres sobre la primera.

CORO. -¿Lo mataste?

EDIPO. -Lo maté; pero hay en mi disculpa...

CORO. -¿Qué cosa?

EDIPO. -...cierta parte de justicia.

CORO. -¿Cómo?

EDIPO. -Yo te lo explicaré. Porque me debían de haber matado aquellos a quienes maté. Yo, por el contrario, puro y sin conciencia de lo que hacía, llegué a cometer el crimen.

CORIFEO. -Pues aquí está ya nuestro rey Teseo, hijo de Egeo, que viene para lo que fue llamado, según tus deseos.

(Entra Teseo con su escolta.)

TESEO. -Por haber oído tantas veces en los pasados años la sangrienta pérdida de tus ojos, ya tenía noticia de ti, hijo de Layo; y ahora, por los rumores que he oído durante el camino, me he convencido de que tú eres. Tus vestidos y desfigurada cara me delatan efectivamente quién eres; y compadecido de tu suerte vengo a preguntarte, infeliz Edipo, qué auxilio vienes a implorar de esta ciudad y de mí en tu favor y en el de la desgraciada que te acompaña. Dímelo, que muy difícil ha de ser el asunto que me expongas para que me abstenga de complacerte, yo que nunca olvido que me crié en tierra extraña, como tú, y que en el extranjero he sufrido como el que más, teniendo que afrontar los mayores peligros, arriesgando mi existencia. De modo que a ningún extranjero, como lo eres tú ahora, puedo dejar de proteger; pues sé que soy hombre y que el día de mañana no lo tengo más seguro que lo puedas tener tú.

EDIPO. -¡Teseo!, tu generosidad me ha eximido en pocas palabras de la necesidad de un largo discurso; pues ya me has dicho quién soy, quién el padre que me engendró y la patria en que nací. Por lo tanto, no me queda más que exponerte mis deseos, y discurso terminado.

TESEO. -Eso mismo ahora dime, para que pueda saberlo.

EDIPO. -A ofrecerte vengo mi desdichado cuerpo como regalo. No es agradable a la vista; pero los beneficios que de él obtendrás son mayores que la hermosura de su aspecto.

TESEO. -¿Qué beneficio crees que me traes con tu venida?

EDIPO. -Con el tiempo podrás saberlo, no ahora.

TESEO. -¿Cuándo, pues, ese beneficio tuyo se manifestará?

EDIPO. -Cuando muera yo y seas tú quien me dé sepultura.

TESEO. -Por las postrimerías de tu vida ruegas; pero tu estado actual, o lo tienes en olvido o en nada lo estimas.

EDIPO. -Porque en las postrimerías se sintetiza todo lo demás.

TESEO. -Pues en poco consiste el favor que me pides.

EDIPO. -Míralo bien; no será pequeña, no, la contienda.

TESEO. -¿Cuál? ¿A la de tus hijos o la mía te refieres?

EDIPO. -Ellos a que vaya allá me obligan.

TESEO. -Pues aunque no quisieran, no te está bien vivir en el destierro.

EOIPO. -Pero cuando yo quería no me dejaron.

TESEO. -¡Ah, tonto! El orgullo en la desgracia no es conveniente.

EDIPO. -Cuando me oigas, aconséjame; mientras tanto, abstente.

TESEO. -Explícate, pues; que sin formar juicio no debo hablar.

EDIPO. -He pasado, Teseo, penas horribles entre las más horribles.

TESEO. -¿Acaso a la antigua desgracia de tu familia te refieres?

EDIPO. -De ningún modo, porque eso todos los aqueos lo cantan.

TESEO. -¿Pues qué desgracia mayor que la que pueda aguantar un hombre sufres?

EDIPO. -Mira lo que me sucede. De mi tierra fui lanzado por mis propios hijos; y como parricida, ya no me es posible volver.

TESEO. -¿Cómo, pues, te han de hacer volver para no vivir en ella?

EDIPO. -El divino oráculo les obliga.

TESEO. -¿Qué desgracia es la que temen, según ese oráculo?

EDIPO. -El destino de ser batidos por los habitantes de esta tierra.

TESEO; -¿Y cómo puede ser que entre nosotros y ellos surja la hostilidad?

EDIPO. -¡Oh querido hijo de Egeo! Sólo para los dioses no hay vejez ni muerte jamás; que todo lo otro, lo destruye el omnipotente tiempo: se esquilma la fuerza de la tierra, se arruina la del cuerpo, muere la buena fe, nace la perfidia, y un viento mismo no corre jamás entre amigos, ni de ciudad a ciudad. Para unos ahora y para otros luego, lo dulce se vuelve amargo y luego dulce otra vez. Y con Tebas, si por ahora son amistosas y buenas tus relaciones, infinitas noches y días engendra el infinito tiempo en su marcha, durante los cuales los hoy concordados afectos se disipan en guerra por un pequeño pretexto; y donde durmiendo y sepultado se halle mi frío cadáver, se beberá la ardiente sangre de aquéllos, si Zeus aún es Zeus, y su hijo Febo,

veraz. Pero como no es bueno que diga lo que debe quedar en silencio, permíteme que no diga más, y cuida de cumplirme la promesa; que nunca dirás que a Edipo como inútil huésped recibiste en estos lugares, si es que los dioses no me engañan.

CORIFEO. -Rey, hace tiempo que éstas y semejantes promesas en provecho de esta tierra se muestra este hombre dispuesto a cumplir.

TESEO. -¿Quién, pues, podrá rechazar la benevolencia de un hombre como éste, con quien en primer lugar he mantenido recíproca hospitalidad, y que ahora, al llegar aquí como suplicante de estas diosas, se nos ofrecen como no pequeño tributo a esta tierra y a mí? Lo cual respetando yo, nunca rechazaré el favor de éste, y en mi país como vecino le aposentará. Si, pues, aquí le es gustoso al huésped morar, te ordeno que lo defiendas; y si le agrada más venirse contigo, de las dos cosas, Edipo, te doy a elegir la que quieras, que con ello me conformaré.

EDIPO. -¡Oh Zeus! Concede tu favor a estos hombres tan dignos.

TESEO. -¿Qué deseas, pues? ¿Quieres venir a mi casa?

EDIPO. -Si me fuera permitido. ..Pero el sitio es éste. ..

TESEO. -¿Qué has de hacer en él? No te contradeciré. ..

EDIPO. -...en el cual triunfaré de los que me han desechado...

TESEO. -...si me dijeres el gran provecho de tu permanencia.

EDIPO. -...si persistes hasta el fin en cumplirme lo que me has prometido.

TESEO. -Confía en lo que de mí dependa; no temas que te haga traición.

EDIPO. -No quiero obligarte con juramento, como si fueses hombre malo.

TESEO. -Es que no ganarías más que con mi simple promesa.

EDIPO. -¿Qué harás, pues?

TESEO. -¿Qué es lo que te tiene más intranquilo?

EDIPO. -Vendrán hombres.

TESEO. -Pero éstos (señalando a los del Coro) se cuidarán.

EDIPO. -Mira que al dejarme. ..

TESEO. -No me digas lo que yo debo hacer.

EDIPO. -Preciso es que tema.

TESEO. -No teme mi corazón.

EDIPO. -No sabes las amenazas. ..

TESEO. -Yo sé que a ti ningún hombre te sacará de aquí contra mi voluntad. Muchas amenazas y muchas vanas palabras se profieren en un arrebatado de ira; pero cuando la razón recobra su imperio, se disipan

esas arrogancias. Ya ellos mismos, aun cuando hayan tenido la osadía de amenazarte con la repatriación, sé yo que les parecerá demasiado largo y no navegable el mar que les separa de aquí. Le exhorto, pues, a que confíes, aun sin mi decisión de ayudarte, si Apolo te guió aquí. Y de todos modos, aunque yo no esté presente, sé que mi nombre te defenderá de todo mal trato.

CORO. -Has venido, ¡oh extranjero!, a la mejor residencia de esta tierra, región rica en caballos, al blanco Colono, donde trina lastimeramente el canoro ruiseñor. que casi todo el año se halla en sus verdes valles morando en la hiedra de color de vino, y en la impenetrable fronda de infinitos frutos consagrada al dios, donde no penetra el sol ni los vientos de ninguna tempestad; donde el báquico Dionisio anda siempre acompañado de las diosas, sus nodrizas, y florece siempre, sin faltar un día, bajo celestial rocío, el narciso de hermosos racimos, antigua corona de dos grandes diosas, y también el dorado azafrán; y sin cesar corren las fuentes que nunca menguan, surtiendo las corrientes del Céfiro, el cual, perennemente dispuesto a fecundarlos con su límpida agua, se desliza por los campos de la tierra de ancho seno; ni los coros de las Musas se le ausentan, ni tampoco Venus, la de áureas riendas. También crece aquí, cual yo nunca lo he oído ni de la tierra de Asia ni tampoco de la gran dórica isla de Pélope, el árbol que nunca envejece, nacido espontáneamente y terror de enemigas lanzas; pues florece muy bien en esta tierra el olivo, da azulado follaje, educador de la infancia, al cual ningún adalid, ni joven ni viejo, destruirá con su devastadora mano; porque con la mirada siempre fija en él, lo defienden el ojo de Zeus protector y la de brillantes ojos, Atenea. Otra alabanza puedo cantar también de esta metrópoli, y que es muy excelsa, como regalo del gran dios y eminente gloria de esta tierra: es domadora de caballos, posee buenos potros y navega felizmente por el mar; ¡Oh hijo de Cronos! Tú, pues, a esta gloria la elevaste, rey Poseidón, inventando el domador freno de los caballos, antes que en otra parte en esta ciudad, la cual, poseyendo también buenos remos y manejándolos bien con sus manos, hace que la nave vaya dando brincos por la llanura del mar, en pos de las Nereidas, que tienen cien pies.

ANTÍGONA. -(Dirigiéndose al Coro.) ¡Oh tierra que con tantas alabanzas eres elogiada! Ahora es ocasión de justificar tan magnífico ensalzamiento.

EDIPO. -¿Qué hay, hija, de nuevo?

ANTÍGONA. -Ahí tienes a Creonte, que viene hacia nosotros, no sin escolta, padre.

EOIPO. -¡Oh queridísimos ancianos! Ojalá por vosotros se me aparezca hoy el término de mi salvación. CORIFEO. -Confía; aparecerá; que aunque viejo soy, el brío de mis manos no ha envejecido.

(Entra Creonte seguido de hombres armados.)

CREONTE. -¡Nobles habitantes de esta tierra! Veo por vuestras miradas que de reciente temor estáis llenos por causa de mi llegada; pero no temáis, ni lancéis tampoco palabra de maldición. Vengo, pues, no con deseos de cometer violencia, porque viejo soy ya, y además sé que llego a una ciudad muy poderosa, la primera de Grecia. Pero por este hombre, a pesar de mi edad, se me ha enviado para persuadirle a que me siga hacia el cadmeo suelo; y no vengo comisionado por uno sólo, sino mandado por todos los hombres, por causa de que por el parentesco que con él tengo, me toca a mí, más que a otro ciudadano, el condolerme de su desgracia.

Pero, ¡oh infortunado Edipo!, obedéceme y ven a casa. Todo el pueblo de Cadmo te reclama con justicia, y más que todos, yo; por cuanto, como no he sido un malvado entre los hombres, me duelo de tu desgracia, anciano, al verte tan desdichado como eres en tierra extraña, siempre errante y careciendo de recursos para mantenerte: vagando con ésta que sola te acompaña, la cual infeliz de mí, nunca hubiera creído que en tal afrenta había de caer, como ha caído la desdichada, por cuidar siempre de ti y de tu sustento con el alimento que mendiga, ni que habría llegado a tal edad sin haber logrado la suerte del himeneo, sino expuesta a que la rapte cualquiera que se le eche encima. ¿No es esto oprobio vil, ¡ay infeliz de mí!, que lanza su injuria sobre ti, sobre mí y sobre toda la familia? Pero ya que bueno es ocultar las públicas infamias, tú, por los dioses patrios. Edipo, créeme y ocúltalas, consintiendo en venirte a la ciudad y a palacio, a la mansión de tus padres, saludando antes amablemente a esta ciudad, que bien digna es; pero la patria, con más justicia debe ser venerada, por ser la que te alimentó en otro tiempo.

EDIPO. -¡Ah de ti, que a todo te atreves y que de todo razonamiento sabes sacar algún especioso artificio de aparente justicia! ¿Por qué vienes a tentarme con ese razonamiento y quieres por segunda vez cogermme en los lazos que más sentiría ser cogido? Porque antes, cuando gozaba yo en mis propias desgracias y me era grato el ser desterrado de mi patria, no quisiste, queriendo yo, concederme esa

gracia. Mas cuando ya se había colmado la ira de mi dolor y la vida en palacio me era dulce, entonces me empujaste y me arrojaste, sin que a ti, el parentesco ese que ahora invocas, en modo alguno te fuera entonces grato; pero ahora de nuevo, cuando ves que la ciudad ésta me acoge con benevolencia, y también toda su gente, intentas arrancarme con ese pérfido intento que tan suavemente expones. Y, en efecto, ¿qué placer es ese de querer a quien no quiere? Es como si alguien, al suplicarle tú con insistencia lo que deseas obtener, no te lo diera, ni quisiera complacerte; y luego, al tener ya satisfecho el corazón de lo que necesitabas, entonces lo concediera, cuando ya la gracia ninguna gracia te haría: ¿acaso aceptarías ese inútil placer? Eso mismo es, pues, lo que tú me propones; bueno de palabra, pero malo en realidad. Y voy a hablar a éstos para demostrarles que eres un malvado. Vienes para llevarme; pero no para conducirme a palacio, sino para albergarme en los confines y tener libre a la ciudad de los males que de esta tierra la amenazan. Pero eso no lo obtendrás, y en cambio tendrás esto otro: allí, entre vosotros, mi genio vengador habitará siempre; y sucederá que los hijos míos obtendrán en herencia de mí tanta tierra cuanta necesiten para caer en ella muertos.

¿Acaso no estoy enterado de lo de Tebas mejor en verdad, por cuanto de mejores sabios lo sé: de Febo y del mismo Zeus, que de él es padre? Tu lengua ha llegado aquí llena de embustes, aunque muy bien afilada; pero en lo que hables, más daño obtendrás que beneficio. Y puesto que sé que no te he de persuadir en esto, vete; a nosotros déjanos vivir aquí; que no vivimos apenados, aunque nos hallamos así, si en ello tenemos gusto.

CREONTE. -¿Acaso crees, por lo que dices, que la desgracia en que yo estoy por lo que a ti se refiere, es mayor que la en que tú estás por ti mismo?

EDIPO. -Lo más grato para mí es el que tú ni puedas convencerme a mí ni a éstos que están cerca. CREONTE. -¡Ay infeliz! Ni con la edad aprenderás a ser prudente jamás, sino que vives siendo oprobio de la vejez.

EDIPO. -Hábil de lengua eres; pero yo no conozco ningún hombre justo que de todo hable bien. CREONTE. -Una cosa es hablar mucho y otra hablar a propósito.

EDIPO. -¡Cuán breve y oportunamente lo dices tú ahora!

CREONTE. -No ciertamente para quien piense lo mismo que tú.

EDIPO. -Vete, que te lo mando también en nombre de éstos; y no te preocupes de mí, pensando en el sitio en que yo deba habitar.

CREONTE. -Pongo por testigos a éstos, no a ti, que ya conocerás las palabras con que respondes a los amigos, si te cojo yo algún día.

EDIPO. -¿Quién, contra la voluntad de estos aliados, me podrá coger?

CREONTE. -Ciertamente tú, sin que te coja, lo sentirás.

EDIPO. -¿Qué es eso con que me estás amenazando?

CREONTE. -De tus dos hijas, a la una hace poco he dispuesto que se la lleven cautiva, y a la otra me la llevaré pronto.

EDIPO. -¡Ay de mí!

CREONTE. -Pronto tendrás motivos para lanzar más ayes.

EDIPO. -¿A la otra hija mía has cogido?

CREONTE. -Ya ésta, antes de mucho tiempo.

EDIPO. -(Al Coro.) ¡Oh extranjeros! ¿Qué pensáis hacer? ¿Acaso me traicionaréis y no arrojaréis a ese impío de esta tierra?

CORIFEO. -(A Creonte.) Vete, extranjero; fuera pronto, pues ni lo que haces ahora es justo, ni lo que antes has hecho.

CREONTE. -(A sus soldados.) La ocasión exige que os la llevéis por fuerza, si voluntariamente no quiere seguir.

ANTÍGONA. -¡Ay infeliz de mí! ¿Dónde me refugio? ¿De quién obtendré auxilio? ¿De los dioses o de los hombres?

CORIFEO- ¿Qué haces, extranjero?

CREONTE. -No tocaré a ese hombre; pero sí a ésta, que es mía.

EDIPO. -¡Oh príncipes de esta tierra!

CORIFEO. -Extranjero, injustamente procedes.

CREONTE. -Justamente.

CORIFEO. -¿Cómo justamente?

CREONTE. -A los míos me llevo.

EDIPO. -¡Ay ciudad!

CORO. -¿Qué haces, extranjero? ¿No la sueltas? Pronto a la prueba de mis manos vendrás.

CREONTE. -Abstente.

CORO. -No ciertamente de ti, mientras persistas en tal conato.

CREONTE. -Con mi pueblo lucharás, pues, si en algo me perjudicas.

EDIPO. -¿No os anuncié eso yo?

CORIFEO. -(A un servidor de Creonte.) Aparta de tus manos a la muchacha, pronto.

CREONTE. -No mandes en lo que no imperas.

CORIFEO. -Suéltalo, te digo.

CREONTE. -(Al mismo servidor.) Y yo que sigas tu camino.

CORO. -¡Corred aquí; venid, venid, vecinos! La ciudad es atacada; nuestra ciudad, por la fuerza. ¡Acorrednos aquí!

ANTÍGONA. -¡Me arrastran, pobre de mí! ¡Oh extranjeros, extranjeros!

EDIPO. -¿Dónde, hija, te me vas?

ANTÍGONA. -A la fuerza me llevan.

EDIPO. -Alárgame, ¡oh hija!, tus manos.

ANTÍGONA. -Pero no puedo.

CREONTE. -(A sus hombres.) ¿No os la llevaréis?

EDIPO. -¡Oh infeliz de mí, infeliz!

(Los soldados de Creonte se marchan llevándose a Antígona.)

CREONTE. -No creo, pues, que ya jamás puedas caminar apoyándote en estos dos báculos. Pero ya que quieres triunfar de tu patria y de tus amigos, por mandato de los cuales hago yo esto, aunque soy el rey, triunfa; que con el tiempo, bien lo sé, tú mismo conocerás que ni procedes ahora bien para contigo, ni procediste antes, a pesar de los amigos, por dar satisfacción a tu cólera, que es la que siempre te ha perdido.

CORIFEO. -(A Creonte, que habla emprendido la marcha.) Detente ahí, extranjero.

CREONTE. -Que no me toques te digo.

CORIFEO. -No te dejaré marchar sin que me devuelvas a éstas.

CREONTE. -Pues mayor rescate impondrás pronto a la ciudad, porque no pondré mis manos sólo sobre estas dos.

CORIFEO. -Pero ¿adónde te diriges?

CREONTE. -A coger a éste para llevármelo.

CORIFEO. -Tremendo es lo que dices.

CREONTE. -Como que pronto quedará hecho.

CORO. -Si no te lo impide el soberano de esta tierra.

EDIPO. -¡Oh lengua imprudente! ¿Te atreverás a tocarme?

CREONTE. -¡Te mando que calles!

EDIPO. -¡Pues ojalá estas diosas no me dejen afónico antes de maldecirte ya que, ¡oh perverso!, violentamente me arrancas el único ojo que me quedaba, después de perder la vista! Así, pues, a ti ya la raza tuya ojalá el dios Helios, que todo lo ve, dé una vida tal cual yo tengo en mi vejez.

CREONTE. -¿Veis esto, habitantes de esta región?

EDIPO. -Nos están viendo a mí ya ti, y piensan que maltratado yo de obra, me defienden de ti con palabras.

CREONTE. -Pues no puedo contener mi cólera y me llevaré por fuerza a éste, aunque se halle solo y pesado por la vejez.

(Avanza hacia Edipo.)

EDIPO. -¡Ay mísero de mí!

CORO. -¡Con cuánta arrogancia has venido, ¡oh extranjero!, si eso piensas llevar a cabo!

CREONTE. -Lo pienso.

CORO. -Pues a esta ciudad; ya no la tendré yo por tal.

CREONTE. -Con la justicia, en verdad, el pequeño vence al grande.

EDIPO. -¿Oís lo que dice?

CORIFEO. -Lo que no podrá cumplir.

CREONTE. -Zeus puede saberlo, que tú no.

CORIFEO. -¿Eso no es ultraje?

CREONTE. -Ultraje; pero hay que aguantarlo.

CORO. -¡Oh pueblo! ¡Oh jefes de esta tierra, venid de prisa, venid de prisa, venid que se propasan éstos!

(Entra Teseo con hombres armados.)

TESEO. -¿Qué clamor es éste? ¿Qué sucede? ¿Qué miedo es ése por el que me impedís continuar al sacrificio que en los altares estaba ofreciendo al dios marino protector de Colono? Hablad para que me informe bien de la que me ha hecho venir aquí más de prisa de la que querían mis pies.

EDIPO. -¡Oh queridísimo!, pues he conocido tu voz, he sufrido ultrajes de este hombre ahora mismo.

TESEO. -¿Cuáles son los ultrajes? ¿Quién te ha ultrajado? Di.

EDIPO. -Creonte, éste a quien ves, acaba de arrebatarme a mis dos hijas, lo único que me quedaba.

TESEO. -¿Qué has dicho?

EDIPO. -Lo que me ha pasado has oído.

TESEO. -Pues en seguida que uno cualquiera de mis servidores, corriendo hacia los altares, haga que todo el pueblo, peones y jinetes, dejen el sacrificio y corran a rienda suelta al sitio en que los dos caminos de los viajeros se reúnen, para que no pasen de allí las niñas y venga yo a ser objeto de risa para ese extranjero si me subyuga a la fuerza. Corred como lo mando, a toda prisa; que a éste, yo si me dejara llevar de la cólera como él lo merece no lo dejaría escapar ileso de mis manos. Mas ahora vas a ser tratado con esas mismas leyes con que aquí has venido, y no con otras; porque no saldrás de esta tierra antes de que me pongas a las muchachas aquí delante de mí, ya que lo que has hecho es indigno de ti, de los padres que te engendraron y de tu patria, pues habiendo venido a una ciudad que practica la justicia y nada hace fuera de ley, con desprecio de las autoridades de esta tierra, te lanzas así sobre ella y te llevas lo que quieres y lo retienes por fuerza: creías, sin duda, que mi ciudad estaba

despoblada o que era esclava de otra y que yo era lo mismo que nada. Y en verdad que Tebas no te enseñó a ser malo, porque no suele ella educar hombres injustos; ni te aplaudirían sus ciudadanos si supieran que, menospreciando mis derechos y los de los dioses, te llevas a la fuerza a miserables suplicantes. Nunca yo, invadiendo tu tierra, ni aun cuando hubiera tenido los motivos más justificados, sin la voluntad del soberano, fuese quien fuese, robaría ni me llevaría nada de la región; porque sabría cómo debe portarse un extranjero con los ciudadanos. Pero tú, sin que ella lo merezca, deshonoras a la ciudad, a la tuya propia; y es que a ti los muchos años, al par que te han envejecido, te han privado de la razón. Ya, pues, te lo dije antes y te lo repito ahora: a esas niñas, que las traiga aquí prontamente alguien, si no quieres ser extranjero domiciliado en este país a la fuerza y contra tu voluntad. Y esto te lo digo con el corazón lo mismo que con la lengua.

CORIFEO. -¿Ves a lo que has llegado, extranjero? Pues por tu familia pareces justo, pero te han cogido obrando mal.

CREONTE. -Yo, sin decir que desierta se halle esta ciudad; ¡oh hijo de Egeo!, ni falta de consejo, como tú afirmas, hice lo que he hecho creyendo que ninguna rivalidad se suscribiría entre éstos por causa de mis parientes, hasta el punto de que quisiesen alimentarlos contra mi voluntad. Y pensaba que a un hombre parricida e impuro no lo defenderían, y menos si sabían que había contraído incestuosas nupcias con su madre. Sabía yo que entre vosotros existe el Areópago, cuya sabiduría es tanta, que no permite que tales vagabundos vivan en esta ciudad. En él puse yo mi fe para echar mano a mi presa, cosa que, además, no hubiera hecho si éste no me hubiese maldecido con terribles maldiciones, a mí y a mi familia, herido por las cuales creí que debía vengarme así, porque la cólera nunca envejece si no es muriendo; que sólo de los muertos no se apodera el rencor. Por lo tanto, tú harás lo que te plazca; porque el encontrarme solo, aun cuando tengo razón, me hace despreciable; pero si me maltratáis, aunque tan viejo soy, procuraré defenderme.

EDIPO. -¡Oh atrevido imprudente! ¿A quién crees injuriar con eso? ¿Acaso a mí que soy un viejo, o a ti que por esa tu boca me echas en cara homicidios, bodas y calamidades que yo en mi infortunio sufrí contra mi voluntad? Así, pues, lo querían los dioses, que probablemente estaban irritados contra la raza desde antiguo. Porque en lo que de mí ha dependido, no podrás encontrar en mí mancha ninguna de pecado por la cual cometiera yo esas faltas contra mí mismo y contra los míos.

Porque, dime: si tuvo mi padre una predicción de los oráculos por la cual debía él morir a mano de su hijo, ¿cómo, en justicia, puedes imputarme eso a mí, que aún no había sido engendrado por mi padre ni concebido por mi madre, sino que entonces aún no había nacido? y si luego, denunciado ya como un malhadado, como lo fui, llegué a las manos con mi padre y le maté, sin saber nada de lo que hacía, ni contra quien lo hacía, ¿cómo este involuntario hecho me puedes en justicia imputar? y de mi madre, ¡miserable!, no tienes vergüenza, ya que de las bodas, siendo hermana tuya, me obligas a hablar, como hablaré enseguida; pues no puedo callar, cuando a tal punto has llegado tú con tu impía boca. Me parió, es verdad, me parió, ¡ay de mi desgracia!, ignorándolo yo, e ignorándolo ella; y habiéndome parido, para oprobio suyo engendró hijos conmigo. Pero una cosa sé muy bien, y es, que tú voluntariamente contra mí y contra ella prefieres esas injurias; mientras que yo, involuntariamente me casé con ella y digo todo esto involuntariamente; pero nunca, ni por esas bodas se me convencerá de que he sido un criminal, ni por la muerte de mi padre, que siempre me estás echando en cara, injuriándome amargamente. Una cosa sola contéstame, la única que te voy a preguntar: si alguien, a ti que tan justo eres, se te acercara aquí de repente con intención de matarte, ¿acaso indagarías si es tu padre el que te quiere matar, o le castigarías al momento? Yo creo, en verdad, que si tienes amor a la vida, castigarías al culpable sin considerar la que fuese justo.

Ciertamente, pues, a tales crímenes llegué yo guiado por los dioses; y creo que si el alma de mi padre viviera, no me contradeciría en nada de esto. Pero tú no eres justo, ya que crees que honestamente todo se puede decir, lo decible y lo indecible, cuando de tal manera me injurias en presencia de éstos. Y encuentras bien adular a Teseo por su renombre, y a Atenas porque tan sabiamente está gobernada; mas luego que los alabas, te olvidas de que si alguna tierra sabe honrar con honores a los dioses, a todas aventaja ésta, de la cual tú has intentado robar a este viejo suplicante y le has robado sus hijas. Por la cual yo ahora, invocando en mi favor a estas diosas, les pido y ruego en mis súplicas que vengan en mi ayuda y auxilio, para que sepas qué tal son los hombres que defienden esta ciudad.

CORIFEO. -El huésped ¡oh, rey!, es honorable; sus desgracias funestísimas, y merece por ellas que se le defienda.

TESEO. -Basta de palabras; porque los raptos llevan prisa y nosotros, los injuriados, estamos quietos.

CREONTE. -Y a un hombre débil, ¿qué le mandas hacer?

TESEO. -Que me guíes por el camino ése y vengas en mi compañía para que si tienes en algún sitio a las muchachas, me las entregues tú mismo; pero si los forzadores huyen, no es preciso fatigarnos. Otros hay que los persiguen, y no hay temor de que se les escapen, ni que den gracias a los dioses por haber salido de esta tierra. Pero anda delante y entiende que raptando has sido raptado, y que la fortuna te cazó mientras cazabas; porque lo adquirido con engaño o con injusticia no se conserva. Y no tendrás quien te ayude en esta empresa, aunque bien sé que tú solo y sin preparativos no hubieras llegado a tal orgullo en la osadía de que has hecho alarde ahora, sino que hay alguien en quien fiando tú has hecho esto. Mas es preciso que yo lo vea, y no deje que esta ciudad pueda menos que un hombre solo ¿Comprendes bien esto, o crees que te hablan inútilmente lo mismo ahora que cuando todo esto maquinabas?

CREONTE. -Nada de lo que tú me digas estando aquí te reprocharé; pero en mi patria, también sabré yo lo que deba hacer.

TESEO. -Ve andando y amenaza mientras tanto. Tú, Edipo, espera aquí tranquilo, convencido de que si no muero yo antes, no desistiré hasta que te haga dueño de tus hijas.

EDIPO. -Dichoso seas, Teseo, por tu generosidad y tu justiciera benevolencia para conmigo.

CORO. -Ojalá me hallara en el sitio en que los ataques de enemigos hombres se confundirán pronto en el bronceo estruendo, o junto al templo de Pitio o en las llameantes riberas donde augustas diosas apadrinan venerandas iniciaciones de los mortales a quienes oprime la lengua, áurea llave de sacerdotes eumólpidas.

Allí, en esos lugares, creo que el belicoso Teseo y las dos compañeras de viaje, vírgenes y hermanas, trabarán pronto combate que las ha de libertar. Tal vez los encuentren al occidente de la piedra nevada, fuera ya de los prados del Eta, persiguiendo con los caballos o rápidos carros a los otros que huyen del combate.

Será vencido Creonte. Terrible es el valor guerrero de nuestros ciudadanos; terrible el brío de las tropas de Teseo. Los frenos relampaguean por todas partes; se lanza a rienda suelta, toda la caballería de los que veneran a la ecuestre Atenea y al dios marino que ciñe a la Tierra, querido hijo de Rea.

¿Estarán ya peleando o a punto de pelear? Según presiente mi corazón, pronto serán libertadores de las que tan terribles sufrimientos han pasado y tan terribles se los han proporcionado sus parientes.

Hará, hará Zeus algo en el día de hoy. Adivino soy de prósperos

combates. ¡Ojalá, como impetuosa paloma de raudo vuelo, pudiera remontarme hasta las etéreas nubes para contemplar con mis ojos el combate! ¡Oh Zeus, monarca de los dioses, omnividente!, concede a los jefes de esta tierra, con la fuerza vencedora, el acabar con buen éxito la lucha que les haga dueños de la presa; y tú también, su venerable hija, Palas Atenea. Y al cazador Apolo ya su hermana, perseguidora de abigarrados ciervos de pies veloces, suplico a los dos que vengan en auxilio de esta tierra y de sus ciudadanos.

CORIFEO. -¡Oh extranjero errático!, no dirás que como falso adivino me he equivocado en mi pronóstico; pues veo las muchachas aquí cerca, que vienen bien custodiadas.

EDIPO. -¿Dónde, dónde? ¿Qué dices? ¿Qué cuentas?

(Entran Antígona e Ismena con Teseo y su escolta.)

ANTÍGONA. -¡Ay padre, padre! ¡Ojalá que algún dios te concediera el poder ver a este excelso varón que aquí a tu lado nos envía!

EDIPO. -¡Oh hijas! ¿Ya estáis aquí?

ANTÍGONA. -Porque las manos de Teseo nos salvaron, y también las de sus compañeros.

EDIPO. -Acercaos, hijas, al padre; y dejadme abrazar ese cuerpo, que ya no esperaba que retornase.

ANTÍGONA. -Pides lo que obtendrás, pues con alegría te concedemos esa gracia.

EDIPO. -¿Dónde, dónde estáis?

ANTÍGONA. -Aquí juntas nos acercamos.

EDIPO, -¡Oh queridísimos retoños!

ANTÍGONA, -Al progenitor todo hijo le es querido.

EDIPO. -¡Oh báculos de este hombre...!

ANTÍGONA. -¡Desgraciado, en verdad, y desgraciadas!

EDIPO. -Tengo lo que más estimo, y no sería del todo infeliz si muriera asistiéndome vosotras dos. Apoyaos fuertemente, ¡oh hijas! una en cada costado, abrazando al que os engendró; y aliviaos de la anterior soledad y desdichada correría. Contadme también lo que os ha sucedido; pero muy brevemente, porque en vuestra edad es conveniente hablar poco.

ANTÍGONA. -Aquí está quien nos ha salvado; a éste debes oír, padre, y así, entre tú y yo, breve habrá sido la conversación.

EDIPO. -¡Oh extranjero!, no te admires si por el placer de recobrar a mis hijas, que no esperaba, alargo mi conversación. Pues sé perfectamente que la alegría que ahora me proporcionan no me viene de otro sino de ti; porque tú las salvaste, no otro hombre. ¡Ojalá te

provean los dioses, como yo deseo, a ti ya tu tierra! Porque entre todos los hombres sólo en vosotros encontré la piedad y también la equidad y el no mentir. Y sabiendo esto, os correspondo con estas palabras: tengo, pues, lo que tengo por ti y no por otro mortal; alárgame, ¡oh rey!, tu diestra para que la toque, y bese tu frente si me es permitido. ¿Pero qué digo? ¿Cómo al hijo de Egeo he de querer tocar yo, siendo él hombre en quien no hay mácula de pecado? No te tocaré, pues, ni dejaré que me toques; porque sólo con los hombres que hayan pasado por esto es permitido que uno comparta su desgracia. Tú, pues, desde ahí mismo salúdame, y en adelante cuida de mí debidamente como hasta hoy.

TESEO. -Ni de que hubieses tenido más larga conversación regocijándote con tus hijas me hubiera admirado, ni de que empezaras a hablar con ellas antes que conmigo. Por eso no tengo ningún disgusto; porque no con palabras deseo hacer ilustre mi vida, sino con obras; y te manifiesto que de lo que te juré, no te he faltado en nada, anciano. Por lo que se refiere a éstas, aquí me tienes habiéndotelas traído vivas y libres de los peligros que las amenazaban; y en cuanto a la manera como se trabó la lucha, ¿qué necesidad hay de que inútilmente me envanezca contándotela, si lo sabrás tú mismo de éstas que en tu compañía tienes? Pero en un rumor que hasta mí llegó hace poco, cuando venía hacia aquí, fija bien tu atención, porque aunque en pocas palabras está dicho, es digno de consideración; y ninguna cosa debe el hombre desestimar.

EDIPO. -¿Qué rumor es, hijo de Egeo? Dímelo, porque nada sé de eso que tú has oído.

TESEO. -Dicen que un hombre que no es conciudadano tuyo, pero sí pariente, se me ha echado ante el altar de Poseidón, en el cual me hallaba yo celebrando un sacrificio cuando me lancé a esta empresa.

EDIPO. -¿De dónde es? ¿Qué pide con esa actitud suplicante?

TESEO. -No sé más que una cosa: que de ti, según me dicen, pide una breve conversación de no mucha importancia.

EDIPO. -¿Cuál? Porque esa postura no es propia de palabras de poca importancia.

TESEO. -Dicen que viene para tener contigo una conversación y poder retirarse con seguridad por el camino que ha venido.

EDIPO. -¿Quién puede ser el que está en esa actitud de suplicante?

TESEO. -Mira si en Argos tienes algún pariente que de ti desee alcanzar eso.

EDIPO. -¡Oh queridísimo! No pases adelante.

TESEO. -¿Qué te ocurre?

EDIPO. -No me pidas...

TESEO. -¿Qué es lo que no te he de pedir? Habla.

EDIPO. -Ya sé, por lo que he oído, quién es ese suplicante.

TESEO. -¿Quién es, pues, y qué le puedo yo reprochar?

EDIPO. -Mi hijo, ¡oh rey!, aborrecido, cuyas palabras yo sentiría más oír que las de otro cualquier hombre.

TESEO. -¿Y qué? ¿No puedes oírle y no hacer lo que no quieras?

¿Qué molestia te ha de ocasionar el escucharle?

EDIPO. -Muy odiosa, ¡oh rey!, llega la voz de ése a su padre; no me pongas en la necesidad de acceder.

TESEO. -Pero si su actitud de suplicante te obliga, considera si debes respetar la providencia del dios.

ANTÍGONA. -Padre, créeme, aunque soy joven para aconsejarte. Deja que este hombre dé gusto a su corazón y al dios, como lo desea, y permite que nuestro hermano se acerque. Porque a ti, ten ánimo, no te apartará por fuerza de tu determinación lo que él te pueda decir y no te convenga. Pero en oír sus palabras, ¿qué daño hay? Los asuntos malamente concebidos, con la sola exposición se denuncian. Tú lo engendraste; de modo que, ni aun cuando te tratara de la manera más despiadada y cruel, te es permitido devolverle mal por mal. Déjalo, pues también otros tienen malos hijos y vivos resentimientos; pero aconsejados por la mágica palabra de los amigos, deponen su enemistad. Considera tú ahora, no los males presentes, sino aquellos que pasaste por tu padre y por tu madre; que si los contemplas, bien sé yo que conocerás cuán pernicioso es el resultado de funesta cólera, porque de ello tienes no pequeña prueba al hallarte privado de la vista de tus ojos. Pero accede a lo que te pedimos; que no es bueno que supliquen largo tiempo los que piden lo debido; ni tampoco que, el mismo que se ve bien tratado, acepte el beneficio y no sepa corresponder.

EDIPO. -Hija, con vuestros ruegos habéis vencido el penoso placer que me dominaba. Sea como no lo queréis. Solamente, ¡oh extranjero!, si ése llega aquí, que nadie se apodere de mi persona jamás.

TESEO. -Con una vez basta; no necesito oír dos veces la misma cosa, ¡oh anciano!, vanagloriarme no quiero, pero sabe tú que estás salvo mientras me conserve alguno de los dioses.

(Salen Teseo y su séquito.)

CORO. -Quien desea vivir más de lo debido, desdeñando una módica edad, manifiesta ser muy torpe, según mi opinión. Porque los largos

días le colocan muy cerca del dolor; y el placer no se encuentra en parte alguna cuando alguien cae un poco más allá de lo que se propone. Pero viene en nuestro auxilio, cumpliéndose igual en todos, la muerte, cuando la parca del Orco se nos presenta sin himeneos, sin liras, sin danzas, en los supremos momentos. No haber nacido es la suprema razón; pero una vez nacido, el volver al origen de donde uno ha venido es lo que procede lo más pronto posible. Porque cuando se presenta la juventud con sus ligeras tonterías, ¿quién se libra del dolorosísimo embate de las pasiones? ¿Quién no se ve rodeado de sufrimientos? Envidias, sublevaciones, disputas de guerras y muertes. Y viene, por último, la desdeñada, impotente, insociable y displicente vejez, en donde los mayores males de los males conviven.

En ella yace este desdichado, no sólo yo; y como orilla batida por todas partes por el viento norte que la azota con tempestuoso oleaje, así a éste las terribles desgracias, que no le abandonan jamás lo bambolean de alto abajo, rompiéndose contra él como olas que de todas partes vienen, unas de donde se pone el sol, otras de levante, otras de mediodía y otras de los vientos del norte.

ANTÍGONA. -Y, en efecto, ahí tenemos, según parece, al extranjero, que solo, ¡oh padre!, y derramando abundantes lágrimas de sus ojos, camina hacia aquí.

EDIPO. -¿Quién es?

ANTÍGONA. -El que hace rato teníamos en el pensamiento; ya está aquí Polinices.

(Entra Polinices, poco seguro de sus movimientos.)

POLINICES. -¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Acaso, ¡oh niñas!, lloraré mis propias desgracias antes que las de este anciano padre que estoy viendo? Al cual en extranjera tierra, junto con vosotras, encuentro aquí, arrojado, con ese vestido cuya desamable y enrancada pringue lleva pegada al cuerpo consumiéndoselo, y en su cabeza sin ojos, la cabellera despeinada flota a merced del viento; y hermanados con esto, a lo que parece, serán los manjares de su sufrido estómago. Desdichas que yo, ¡infeliz de mí!, demasiado tarde advierto, a la vez que me confieso por el más perdido de los hombres que vengo para proveer a tus necesidades; que las mías, no de otros, vas a saberlas sino de mí. Pero puesto que junto con Zeus se sienta clemencia en el mismo trono, en todos los procesos, que te asista también a ti, ¡oh padre!, pues contra mis pecados remedio hay, aunque borrarlos no es posible ya. ¿Por qué callas? Dime, ¡oh padre! algo. No me vuelvas la cara con horror. ¿No me responderás nada, sino que, despreciándome,

me despacharás sin hablar ni exponerme siquiera los motivos de tu enfado? ¡Oh hijas de este hombre y hermanas mías! Intentad, pues, vosotras mover la intratable y terrible boca del padre, para que, suplicándoselo yo en nombre del dios, no me deseche, así, despreciado, sin contestarme ni una palabra.

ANTÍGONA. -Di ¡oh malaventurado!, tú mismo el asunto por el cual has venido; pues los largos discursos, tanto si agradan como si disgustan o mueven a compasión, dan voz hasta a los mudos.

POLINICES. -Pues hablaré, porque bien me aconsejas tú, invocando primeramente como defensor al mismo dios de cuya ara me hizo levantar para venir aquí el soberano de esta tierra, permitiéndome hablar y escuchar con éxito seguro. Y lo mismo, ¡oh extranjeros!, quisiera alcanzar de vosotros y de estas dos hermanas y de mi padre. El asunto que aquí me ha traído te lo voy a decir, padre. De la tierra patria he sido lanzado como un desterrado por causa de que pedía el derecho a sentarme en tu soberano trono, por ser el mayor en edad. Por ese motivo, Eteocles, siendo por su nacimiento más joven, me expulsó de la tierra; no por haberme vencido con razones, ni por haber acudido a la prueba del valor y de la fuerza, sino convenciendo a la ciudad. La única causa de todo esto es la maldición que tú nos echaste, según yo creo, y luego he oído también de los adivinos. Porque después que llegué a la dórica Argos, y tomé por suegro a Adrasto, junté conmigo, obligados con juramento, a cuantos de la tierra de Apis son los primeros por su renombre y más honrados por su lanza, para que, reuniendo con ellos una expedición de siete cuerpos de ejército contra Tebas, o muera con toda honra o arroje de la tierra a los que de ella me echaron. Pues bien: ¿qué es en verdad lo que ahora me ha traído aquí? Suplicarte humildemente, ¡oh padre!, que te conmuevas en mi favor y en el de mis aliados, que ahora, con sus siete divisiones y siete jefes, que sendas lanzas por insignia llevan, sitian en torno todo el campo de Tebas. Es el primero el lancero Anfiarao, quien obtiene la preeminencia por su lanza y también por su arte de augurar; el segundo es el etolio Tideo, hijo de Eneo; Etéoclo, argivo de nacimiento; el cuarto, Hipomedonte, enviado por su padre Tálaos; el quinto, que es Capaneo, se gloria de minar la ciudad de Tebas, que ha de destruir con el fuego; el sexto, Partenopeo, es arcadio por su origen, y se llama así por haber nacido de madre virgen hasta el tiempo del parto, y que para mí es hijo de Atalanta; y yo, que lo soy tuyo, pero no tuyo, sino de la mala suerte, aunque me llamen tuyo, mando contra Tebas el impávido ejército argivo.

Todos los cuales a ti, por estas tus hijas y por tu alma, ¡oh padre!, te suplicamos, rogándote que apartes tu grave cólera de este hombre que se lanza a vengarse de su principio hermano, que le arrojó y expulsó de la patria. Porque si hay que creer a los oráculos, aquéllos a quienes tú ayudes, de éstos dicen será la victoria; así que, por las fuentes y por los dioses de nuestra patria, te ruego que me creas y te aplaques; pues yo soy pobre y desterrado, desterrado también tú; y teniendo que halagar a otros vivimos tú y yo, que la misma suerte hemos tenido; pero él, rey en palacio, ¡oh, qué desdichado soy!, a la vez que de nosotros se ríe, vive con gran boato, el cual, si tú accedes a mis deseos, con poca pena y breve tiempo disiparé; y así se restablecerá en tu palacio y me restableceré yo también, echando a aquél violentamente. De esto, si tú accedes a mis deseos, podré envanecerme yo; pero sin ti, ni siquiera podré salvarme.

CORO. -A este hombre, en consideración a quien te lo envía, contesta, Edipo, lo que tengas por conveniente antes de despedirlo.

EDIPO. -¡Pues, ciertamente, varones, si Teseo, el soberano de esta tierra, no fuese quien me lo ha presentado aquí, creyendo justo que le dé contestación, nunca mi voz hubiera oído éste; mas ahora se irá con su merecido, después de escuchar de mí respuesta que nunca jamás le alegrará la vida.

(Volviéndose a Polinices.)

Tú, ¡oh pérfido!, que cuando tenías el cetro y el trono que ahora tiene tu hermano en Tebas, tú mismo, a este tú mismo padre que aquí tienes, expulsaste y le obligaste a vivir sin patria y a llevar estos harapos que ahora te arrancan lágrimas al verlos, porque te hallas viviendo en la misma miseria y desgracia que yo. No hay que llorar por estas cosas; pues yo las he de soportar mientras viva, acordándome de ti como de un asesino; porque tú me obligaste a vivir en esta miseria; tú me echaste; por culpa tuya voy errante, y mendigo de otros el cotidiano sustento. Que si no hubiera yo engendrado a estas niñas que me sustentan, ciertamente que ya no existiría por tu culpa. Pero éstas me han salvado; éstas me alimentan; éstas son hombres, no mujeres, para sufrir conmigo; que vosotros, como si os hubiera engendrado otro, no yo.

Por esto la Divinidad te está vigilando; pero no como luego, ya que esas divisiones se mueven contra la ciudad de Tebas; porque no es posible que a esa ciudad destruyas, sino que antes, manchado en sangre, caerás, y tu hermano lo mismo. Estas maldiciones contra vosotros ha tiempo lancé yo, y de nuevo las invoco ahora que vengan

en mi auxilio; para que sepáis que es justo reverenciar a los progenitores y no menospreciarlos, aunque el padre esté ciego y los hijos sean cual vosotros; pero éstas no han precedido así. Por lo tanto, del sitio en que me estás suplicando y de tu trono se han apoderado ya las maldiciones si es que la Justicia, que de antiguo lo ha predicho, asiste al lado de Zeus con sus veneradas leyes.

Anda, pues, enhoramala, despreciado, sin reconocer en mí a tu padre, pérfido entre los más pérfidos y cargado con estas maldiciones que contra ti invoco, para que ni te apoderes con tu lanza de la tierra patria, ni puedas volver al sinuoso Argos; sino que con fratricida mano mueras y mates a ése por quien has sido desterrado. Así os maldigo, invocando a la odiosa tiniebla del Tártaro, donde yace mi padre, para que de aquí te lleve; invoco también a estas diosas e invoco a Ares, que infundió en vosotros ese terrible odio. Oído esto, vete y diles, cuando llegues, a todos los cadmeos y también a tus fieles aliados el motivo por qué Edipo reservó para sus propios hijos tales presentes.

CORIFEO. -Polinices, por el viaje que has hecho no puedo felicitarte, y ahora vete cuanto antes de aquí.

POLINICES. -¡Ay camino de mi malaventura! ¡Ay de mis amigos! ¡Y para este resultado me lancé a la expedición desde Argos, oh infeliz de mí!; pues tal es, que ni me es posible manifestarlo a ninguno de mis amigos, ni hacerlos retroceder, sino que, guardando silencio, debo correr con esa suerte. ¡Oh niñas, hermanas mías! A vosotras, pues, ya que habéis oído la crueldad del padre que así me maldice, os ruego por los dioses que si las maldiciones del padre se cumplen y vosotras volvéis de algún modo a la patria, no me menospreciéis, sino sepultadme y celebrad mis funerales; que vuestra gloria de ahora, la que tenéis por las penas que pasáis por este hombre, se acrecentará con otra no menor por la asistencia que me prestéis.

ANTÍGONA. -Polinices, te suplico que me obedezcas.

POLINICES. -¡Oh queridísima Antígona!, ¿en qué? Habla.

ANTÍGONA. -Haz que vuelva el ejército a Argos lo más pronto posible, y no te pierdas a ti mismo y a la ciudad.

POLINICES; -Pero no es posible; pues ¿cómo podría yo reunir de nuevo ese mismo ejército, una vez me vean temer?

ANTÍGONA. -¿Qué necesidad tienes ya, ¡oh hijo!, de dejarte llevar del furor? ¿Qué beneficio te trae la destrucción de la patria?

POLINICES. -Vergonzoso es huir, y que, siendo yo el mayor, así me deje burlar de mi hermano.

ANTÍGONA. -¿Ves, pues, como van derechamente hacia su término las profecías del oráculo que la muerte de vosotros dos anuncia?

POLINICES. -Así lo ha dicho el oráculo; pero yo no puedo ceder.

ANTÍGONA. -¡Ay infeliz de mí! ¿Y quién se atreverá a seguirte si se entera de las profecías de este hombre?

POLINICES. -No anunciaré yo augurios malos; que propio de un buen general es pregonar las buenas noticias y no las contrarias.

ANTÍGONA. -¿Así, pues, ¡oh hijo!, estás decidido a ello?

POLINICES. -Y no me detengas ya; que mi preocupación ha de ser este camino desdichado y funesto a que me lanzan este padre y sus maldiciones. Que Zeus os conceda la felicidad si lo que os he dicho hacéis por mí después que muera; porque vivo, no me volveréis a poseer. Dejadme marchar y sed dichosas, que vivo no me veréis ya más.

ANTÍGONA. -¡Ay infeliz de mí!

POLINICES. -No me llores.

ANTÍGONA. -¿Y quién, cuando te lanzas hacia el hades que delante ves, no te llorará, hermano?

POLINICES. -Si es preciso, moriré.

ANTÍGONA. -No ciertamente, sino créeme.

POLINICES. -No me aconsejes lo que no está bien.

ANTÍGONA. -¡Desdichada de mí, si de ti quedo privada!

POLINICES. -Eso, en manos del dios está el que salga de ésta o de la otra manera; por vosotras, pues, suplico yo a los dioses que nunca lleguéis a sufrir tal desgracia; pues no sois merecedoras, según todos convienen, de ningún infortunio.

(Polinices sale precipitadamente.)

CORO. -Nuevos son éstos; de nuevo caen sobre mis nuevos y gravísimos males por culpa de este ciego extranjero, si es que el hado no se cumple ya en alguno de ellos. Pues no puedo decir que haya quedado sin cumplimiento ninguna determinación divina. Lo ve todo, siempre el Tiempo, que un día eleva a unos, y otro, a otros. Retumba el cielo, ¡oh Zeus!

EDIPO. -¡Ah hijas, hijas! ¿Cómo, si hay por ahí algún vecino, hará venir aquí al en todo nobilísimo Teseo?

ANTÍGONA. -Padre, ¿cuál es el objeto para el que lo llamas?

EDIPO. -Ese alado trueno de Zeus me llevará al punto al hades.

Llamadle, pues, en seguida.

CORO. -Mirad cuán estrepitosamente retumba el estruendo maravilloso que lanza Zeus. El miedo me pone erizados los pelos de la

cabeza. Se llena de horror mi alma; pues el celeste relámpago alumbraba de nuevo. ¿Cuál será el fin de esto? Yo temo, porque vanamente nunca lanza truenos sin que haya desgracias. ¡Oh excelsa cielo!, ¡oh Zeus!

EDIPO. -¡Oh hijas! Ha llegado para este hombre el profetizado fin de su vida, y ya no hay evasión.

ANTÍGONA. -¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo has conjeturado padre?

EDIPO. -Bien lo he comprendido; pero en seguida, corriendo, cualquiera, que me traiga al rey de esta tierra.

(Se oyen más truenos.)

CORO. -¡Ah, ah! Mira cómo de nuevo resuena el penetrante estruendo. Sé propicio, ¡oh dios! sé propicio si llevas algo sombrío contra mi patria. Ojalá te tenga en mi favor, y no por haber visto a un hombre execrador se me vuelva hoy funesta tu gracia. ¡Zeus rey, te imploro!

EDIPO. -¿Pero está cerca ese hombre? ¿Podrá, hijas, encontrarme vivo aún, con mi cabal conocimiento?

ANTÍGONA. -¿Qué confianza quieres depositar en su corazón?

EDIPO. -Por los beneficios que de él he recibido, otorgarle cumplida la gracia que oportunamente le prometí.

CORO. -¡Oh, oh, hijo, ven, ven!... Aunque en una eminencia del suelo celebres al dios Poseidón en el ara sobre la que inmolas bueyes, ven; pues el extranjero a ti, a la ciudad y a los amigos quiere conceder la merecida gracia por el bien que ha recibido. Apresúrate, ven corriendo, ¡oh rey!

(Llega apresuradamente Teseo.)

TESEO. -¿Qué clamor es éste que de nuevo resuena conjuntamente, según se ve, de parte de vosotros, mis ciudadanos, y más manifiestamente aún de parte del extranjero? ¿Es por el rayo de Zeus o por la sombría granizada que ha caído? Pues cuando el dios está en borrasca, todo se ha de conjeturar.

EDIPO. -¡Rey!, te apareces a quien te esperaba; pues algún dios te puso con buena suerte por este camino.

TESEO. -¿Qué ha sucedido de nuevo, ¡oh hijo de Layo!?

EDIPO. -El momento supremo de mi vida. Y lo que te prometí a ti ya la ciudad, quiero cumplirlo antes de morir.

TESEO. - ¿Y por qué indicios estás persuadido de tu muerte?

EDIPO. -Los mismos dioses, como heraldos, me lo anuncian, sin faltar ninguna señal de las que prefijaron.

TESEO. -¿Cómo dices, ¡oh anciano!, que han aparecido esas señales?

EDIPO. -Los muchos y continuados truenos, y los muchos centelleantes rayos de la invencible mano me lo anuncian.

TESEO. -Me persuades, porque veo que has dado muchos vaticinios que no han resultado falsos. Di, pues, lo que se ha de hacer.

EDIPO. -Yo te mostraré, hijo de Egeo, lo que exento de las injurias del tiempo habrá siempre en esta ciudad. Y yo mismo ahora, sin que me dirija ningún guía, te guiaré hasta el sitio en que yo debo morir. Y nunca digas a ningún hombre ni el lugar en que quede sepultado este cuerpo mío, ni el paraje en que se halla, para que de este modo te proporcionen siempre, en contra de tus vecinos, la fuerza que puedan darte muchos escuderos y tropa extranjera. Y esto, que es un secreto que no debe remover la palabra, tú por ti mismo lo vas a saber cuando llegues allí solo; porque ni puedo revelarlo a ninguno de los ciudadanos, ni a las hijas mías, a pesar de que las amo.

Pero tú guárdalo siempre; y cuando llegues al término de la vida manifiéstaselo a tu hijo mayor, y luego éste que se lo diga al que lo suceda. De esta manera gobernarás la ciudad inmune de las devastaciones de los Tebanos. La mayor parte de las ciudades, aun cuando uno las gobierne bien, fácilmente se insolentan; pero los dioses ven ciertamente, aunque sea tarde, al que despreciando las leyes divinas se entrega al furor; lo que tú, hijo de Egeo, debes procurar que nunca te suceda.

Verdad es que estoy diciendo todo a quien ya lo sabe. Al sitio, pues - me apremia ya la seña enviada por el dios-, marchemos ya sin pensar en otra cosa. ¡Oh hijas!, seguid por aquí; pues yo voy a ser ahora nuevo guía de vosotras, como vosotras lo habéis sido del padre; avanzad y no me toquéis, sino dejad que yo mismo encuentre la sagrada tumba donde, por mi destino, he de ser sepultado en esta tierra. (Edipo avanza con paso firme y decidido, como si un dios le guiara.) Por aquí, así; por aquí, venid: por aquí pues me guían el conductor Hermes y la diosa infernal. ¡Oh luz que no me alumbras!, antes sí que me iluminabas; pero ahora, por última vez vas a iluminar mi cuerpo: que ya voy llegando a lo último de mi vida para ocultarme en el hades. Pero ¡oh el más querido de los extranjeros, y el país éste y los súbditos tuyos!, felices seáis, y en felicidad acordaos de mí que muero, siendo afortunados siempre.

CORO. -Si me es permitido rogar con mis súplicas a la invisible diosa, ya ti, ¡oh rey de los tinieblas, Aidoneo, Aidoneo!, te suplico que sin fatigosa ni muy dolorosa muerte me conduzcas al extranjero a la infernal llanura de los muertos que todo lo oculta, ya la estigia morada.

Pues a cambio de los muchos sufrimientos que has pasado, ya el dios justiciero te ayuda. ¡Oh infernales diosas e invencible fiera que, echada en esas puertas por las que todos pasan, gruñes desde los antros siendo indomable guardián del hades, según te atribuye la perenne fama! A ti, ¡oh hija de la tierra y del Tártaro!, te suplico que dejes pasar libremente al extranjero que avanza hacia las subterráneas llanuras de los muertos; a ti, en efecto, invoco, que duermes el sueño eterno.

(Llega un mensajero.)

MENSAJERO. -Ciudadanos, brevísimamente puedo deciros que Edipo ha muerto; pero lo que ha ocurrido, una breve narración no puede contarlos, ni exponer tampoco los hechos tal como han sucedido.

CORIFEO. -¿Luego ha muerto el infeliz?

MENSAJERO. -Sabe que ha dejado ya la vida que siempre ha vivido.

CORIFEO. -¿Cómo? ¿Acaso con divino auxilio y sin fatiga murió el infeliz?

MENSAJERO. -Esto es cosa muy digna de admiración: el cómo partió de aquí -y tú que estabas presente lo sabes-, sin que le guiara ningún amigo, sino dirigiéndonos él a todos nosotros, y cuando llegó al umbral de abismo que con los escalones de bronce se afirma en el fondo de la tierra, se paró en una de las vías que allí se cortan, cerca del cóncavo cráter donde yacen las señales de eterna fidelidad de Teseo y Piritoo; y habiéndose parado allí, entre el cráter y la roca de Toriquio y un hueco peral silvestre y una tumba de piedra, se sentó.

En seguida se quitó los pringosos vestidos; y llamando a sus hijas, les mandó que le llevaran agua corriente para lavarse y hacer libaciones; y las dos, corriendo a la colina de la fructífera Deméter que desde allí se divisa, cumplieron en breve el mandato del padre, y le lavaron y vistieron según se hace con los muertos.

Y cuando todo lo que él había ordenado hicieron a su satisfacción, y no quedaba por hacer el más mínimo detalle de lo que había encargado, retumbó Zeus bajo la tierra; las muchachas se horrorizaron, así que lo oyeron; y echándose a los pies del padre empezaron a llorar, sin cesar de darse golpes en el pecho ni de echar prolongados lamentos. Él, al punto que oyó el penetrante ruido, apretándolas entre sus brazos, les dijo: « ¡Oh hijas! Ya no tenéis padre desde hoy, pues ha muerto todo lo mío; y en adelante no llevaréis ya esa trabajosa vida por mi sustento. Cuán dura ha sido, en verdad, lo sé, hijas; pero una sola palabra paga todos esos sufrimientos, porque no es posible que

tengáis de otro más afectuoso amor que el que habéis tenido de este hombre, privadas del cual viviréis en adelante».

Y abrazados así unos con otros, lloraban todos dando sollozos. Mas al punto que cesaron de llorar y no se oía ninguna palabra, sino que había silencio, de repente le llamó una voz, y de tal modo, que a todos el miedo nos puso en seguida los pelos de punta (pues le llamaba dios de muchas y distintas maneras): ¡Eh, tú, tú, Edipo!, ¿qué esperas para venir? Hace tiempo ya que te vas retrasando. Y él, en seguida que oyó que dios le llamaba, mandó que se le acercara Teseo, el rey de esta tierra; y cuando se le acercó, le dijo: « ¡Oh querido Teseo!, dame tu mano como garantía de antigua fidelidad para mis hijas; y vosotras, hijas, dádselas a él; y promete que jamás las traicionarás voluntariamente, sino que harás todo cuanto en tu benevolencia llegues a pensar que les ha de ser útil siempre». Este, como varón noble, sin vacilar le prometió con juramento al huésped que así lo haría.

Y hecho esto, cogió en seguida Edipo con sus vacilantes manos a sus hijas, y les dijo: « ¡Oh hijas!, es preciso que probando la nobleza de vuestra alma os alejéis de este sitio, y no queráis ver lo que no está permitido, ni escuchar nuestra conversación, sino apartaos prontamente; quede aquí sólo el señor Teseo para enterarse de lo que tiene que hacer». Tales palabras le oímos decir todos; y con muchas lágrimas, en compañía de las muchachas, gimiendo nos apartamos. Mas cuando al poco tiempo de ir apartándonos volvimos la cabeza, advertimos que el hombre aquel en ninguna parte se hallaba; y que nuestro mismo rey, con la mano delante de la cara, se tapaba los ojos como señal de algún terrible espectáculo cuya visión no hubiese podido resistir. Sin embargo, después de unos momentos, no muchos, le vimos que estaba adorando a la Tierra y también al Olimpo de los dioses en una misma plegaria.

De qué manera haya muerto aquél, ninguno de los mortales puede decirlo, excepto el rey Teseo; pues ni le mató ningún encendido rayo del dios, ni marina tempestad que se desatara en aquellos momentos, sino que, o se lo llevó algún enviado de los dioses, o la escalera que conduce al Hades se le abrió benévolamente desde la tierra para que pasara sin dolor. Ese hombre, pues, ni debe ser llorado, ni ha muerto sufriendo los dolores de la enfermedad, sino que ha de ser admirado, si hay entre los mortales alguien digno de admiración. Y si os parece que no hablo cuerdamente, no estoy dispuesto a satisfacer a quienes me crean falta de sentido.

CORIFEO. -¿Y dónde están las niñas y los amigos que las acompañaron?

MENSAJERO. -Ellas no están lejos, pues los claros gritos de su llanto indican que hacia aquí vienen.

(Llegan Antígona e Ismena.)

ANTÍGONA. -¡Ay, ay! Ya tenemos, tenemos que llorar, no por esto ni por lo otro, sino por todo, la execrable sangre del padre que ingénita llevamos las dos; las cuales, si cuando él vivía teníamos grandes e incesantes penas, las sufriremos, cual no se puede pensar, en nuestra postrimería, y mayores que los que hemos visto y padecido.

CORO. -¿Qué hay?

ANTÍGONA. -Ya se puede conjeturar, amigos.

CORO. -¿Ha muerto?

ANTÍGONA. -Como tú quisieras alcanzar la muerte. ¿Cómo no, si ni Ares ni el mar le han embestido, sino que las invisibles llanuras del Hades se lo llevaron arrebatado en muerte nunca vista? ¡Infeliz de mí! A nosotras, funesta noche se nos cierne sobre los ojos. ¿Cómo, pues, errantes por lejanas tierras o borrascoso mar, podremos soportar el grave peso de la vida?

ISMENA. -No sé. Ojalá, ¡infeliz de mí!, el sanguinario Hades me hubiera arrebatado con el padre; que para mí la vida que me espera ya no es vida.

CORO. -¡Oh excelsa pareja de hijas! Lo que viene del dios honrosamente, no debéis llorarlo tan sobremanera, pues murió de modo envidiable.

ANTÍGONA. -Hay, en efecto, cierta complacencia en la desgracia; pues lo que de ningún modo es querido, lo quería yo cuando lo tenía a él en mis manos. ¡Oh padre! ¡Oh querido! ¡Oh tú, que en la perdurable y subterránea tiniebla te has sumergido! Aunque ya no existas, ni por mí ni por ésta dejarás de ser amado.

CORO. -¿Cumplió?

ANTÍGONA. -Cumplió lo que quería.

CORO. -¿De qué manera?

ANTÍGONA. -Murió en el país extranjero que deseaba; y lecho tiene bajo tierra, bien resguardado para siempre, y no dejó duelo sin llanto; pues mis ojos por ti, ¡oh padre!, lloran derramando lagrimas, y no sé cómo debo yo, infeliz, disipar esta tan grave aflicción. Has muerto separado de mí.

ISMENA. -¡Oh Infeliz! ¿Qué suerte, nos espera, a mí ya ti, ¡oh querida!, privadas así del padre?

CORO. -Pero ya que tan dichosamente resolvió el fin de su vida. ¡Oh queridas! cesad de llorar; que nadie está fuera del alcance de la desgracia.

ANTÍGONA. -Volvámonos, hermana.

ISMENA. -¿Qué hemos de hacer?

ANTÍGONA. -Un deseo tengo.

ISMENA. -¿Cual?

ANTÍGONA. -Ver la tumba subterránea.

ISMENA. -¿De quién?

ANTÍGONA. -Del padre, ¡desdichada de mí!

ISMENA. -¿Pero cómo puede sernos permitido eso? ¿Acaso no ves?

ANTÍGONA. -¿Por qué me reprendes?

ISMENA. -Porque como. ..

ANTÍGONA. -¿Por qué, de nuevo insistes?

ISMENA. -¡Insepulto cayó, y sin que nadie lo viera!

ANTÍGONA. -Llévame, y márame allí.

ISMENA. -¡Ay, ay, desdichadísima! ¿Cómo yo luego, así privada de ti y sin tu auxilio, podré soportar tan infortunada vida?

CORO. -Queridas, nada temáis.

ANTÍGONA. -¿Pero adónde huiré yo?

CORO. -Antes ya huiste. ..

ANTÍGONA. -¿De qué?

CORO. -De que vuestras cosas sucedieran mal

ANTÍGONA. -Estoy pensando.

CORO. -¿Qué es lo que piensas?

ANTÍGONA. -Cómo volveremos a la patria; no lo sé.

CORO. -Ni te preocupes.

ANTÍGONA. -El dolor me oprime.

CORO. -También antes te oprimía.

ANTÍGONA. -Entonces era insuperable, y ahora lo es más.

CORO. -Un mar de dificultades os ha tocado en suerte.

ANTÍGONA. -Verdad, verdad.

CORO. -Verdad, digo yo también.

ANTÍGONA. -¡Ay, ay! ¿Adónde iremos?, ¡oh Zeus! ¿Hacia qué destino me empuja ahora el hado?

(Aparece Teseo.)

TESEO. -Cesad de llorar, niñas; pues aquello en que hay regocijo común para todos, no se debe llorar; porque es reprehensible.

ANTÍGONA. -¡Oh hijo de Egeo!, a tus pies; te suplicamos.

TESEO. -¿Por qué, hijas? ¿Qué deseáis que haga?

ANTÍGONA. -La tumba de nuestro padre deseamos ver.

TESEO. -Eso no está permitido.

ANTÍGONA. -¿Qué dices, príncipe, soberano de los atenienses?

TESEO. -¡Oh niñas! Él mismo me prohibió que ni me acercara a esos lugares, ni indicara a ningún hombre la tumba sagrada en que yace; y me añadió que así viviría felizmente, conservando siempre mi país exento de calamidades. Esto, pues, lo oyó el Genio de mi destino y también el omnipotente Juramento, hijo de Zeus.

ANTÍGONA. -Pues si así es, me basta conformarme con la voluntad de aquél, pero envíanos a la veneranda Tebas, por ver si podemos detener a la muerte que avanza contra nuestros hermanos.

TESEO. -No sólo haré eso, sino también todo cuanto pueda hacer en provecho vuestro y del que acaba de descender al Hades, en bien del cual no debo sentir cansancio.

CORIFEO. -Pues descansad y no provoquéis más el llanto; que, de todos modos, lo que os promete está sancionado.